

Ruta Literaria

La Regenta. Leopoldo Alas ,Clarín



Foto: ChMV

Red de Bibliotecas Públicas Municipales
Ayuntamiento de Oviedo



OVIEDO.es
BIBLIOTECAS

Lugares y textos¹

¹ Los textos se seleccionan de: ALAS, Leopoldo. *La Regenta*. Oviedo: Nobel, 1995

Campo San Francisco: Bombé

El Espolón y el Paseo Grande (Paseo de los Curas, El Bombé)

Estaban a la entrada del Espolón, el paseo de los curas, según antiguo nombre.(...) Era el espolón un paseo estrecho, sin árboles, abrigado de los vientos del Nordeste, que son los más fríos en Vetusta, por una muralla no muy alta, pero gruesa y bien conservada, a cuyos extremos ostentaban su arquitectura achaparrada sendas fuentes monumentales de piedra oscura, revelando su origen en la ablativo absoluto Rege Carolo III, grabado en medio de cada mole como por obra del agua resbalando por la caliza años y más años. Del otro lado limitaban el paseo largos bancos de piedra también; y no tenía el espolón más adorno, ni atractivo, a no ser el sol, que, como lo hubiera toda la tarde, calentaba aquella muralla triste. Al abrigo de ella paseaban desde tiempo inmemorial los muchos clérigos que son principal ornamento de la antigua corte vetustense; por invierno de dos a cuatro o cinco de la tarde, y en verano poco antes de ponerse el sol hasta la noche (...) Tradicionalmente el Espolón venía siendo patrimonio de sacerdotes, magistrados melancólicos y familias de luto (p. 263-265)

Por las tardes, paseándose por el Espolón, donde ya iban quedándose a sus anchas curas y magistrados, porque el mundanal ruido se iba a la sombra de los árboles frondosos del Paseo Grande. (p. 396)



Fotografía de la colección de imágenes del Archivo Municipal del Ayuntamiento de Oviedo: Oviedo en blanco y negro. <https://www.oviedo.es/archivo-municipal/imagenes-antiguas>

Monumento a Leopoldo Alas “Clarín”. Vetusta

Cuando llegaba un forastero, se le enseñaba la torre de la Catedral, el Paseo de Verano, y, si era posible, la sobrina de las de Ozores. Eran las tres maravillas de la población. (p. 83)

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. (...) Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. (p. 1)

La Colonia (C/Campomanes)

El Magistral volvía el catalejo al Noroeste, allí estaba Colonia, la Vetusta novísima, tirada a cordel, deslumbrante de colores vivos con reflejos acerados; parecía un pájaro de los bosques de América, o una india brava adornada con plumas y cintas de tonos discordantes. Igualdad geométrica, desigualdad, anarquía cromáticas. (p. 11)

El entierro dejó atrás la calle principal de la Colonia, que estaba convertida en un lodazal de un kilómetro de largo, y empezó a subir la cuesta que terminaba en el cementerio (...) Llegaron a lo alto, a la cima de aquella loma. La tapia del cementerio se destacaba en la claridad plomiza del cielo como una faja negra del horizonte. No se veía nada distintamente. Los cipreses, detrás de la tapia, se balanceaban, parecían fantasmas que se hablaban al oído, tramando algo contra los atrevidos que se acercaban a turbar la paz del camposanto. (p. 458)

Coliseo, Plaza del Pan (Plaza del Fontán, Biblioteca de Asturias)

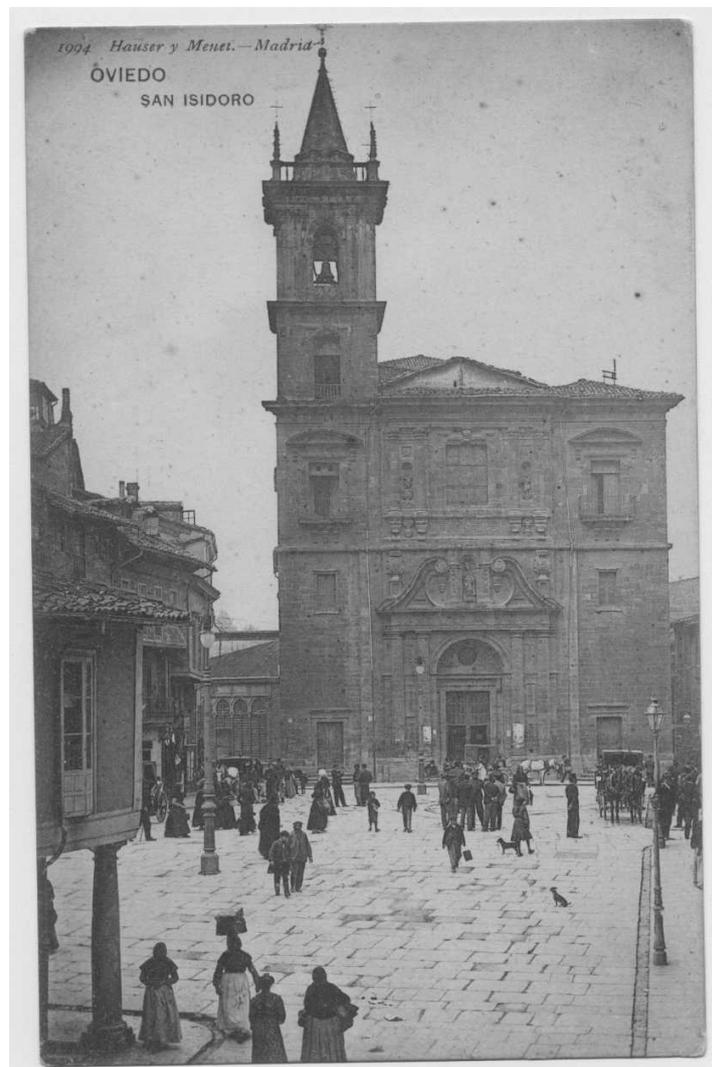
El teatro de Vetusta, o sea nuestro Coliseo de la plaza del Pan, según le llamaban en elegante perífrasis el gacetillero y crítico de El Lábaro, era un antiguo corral de comedias que amenazaba ruina y daba entrada gratis a todos los vecinos de la rosa náutica. Si soplabla el Norte y nevaba, solían deslizarse algunos copos por la claraboya de la lucerna (...) Era un axioma vetustense que al teatro había que ir abrigado. Las más distinguidas señoritas, que en el Espolón y el Paseo Grande lucían todo el año vestidos de colores alegres, blancos, rojos, azules, no llevaban al coliseo de la Plaza del Pan más que gris y negro y matices infinitos del castaño (...) Las decoraciones se habían ido deteriorando, y el Ayuntamiento, donde predominaban los enemigos del arte, no pensaban en reemplazarlas. (p. 312)

Plaza Nueva (Plaza Mayor): Palacio de los Ozores, San Isidro (San Isidoro)

En la Plaza Nueva, en una rinconada sumida ya en la sombra está el Palacio de los Ozores, de fachada ostentosa recargada, sin elegancia, de sillares ennegrecidos, como los del Casino, por la humedad que trepa hasta el tejado por las paredes. (p. 151)

Desde los segundos corredores, mucho más altos que el campanario, había visto perfectamente a la Regenta, una guapísima señora, pasearse, leyendo un libro, por su huerta que llamaba el Parque de los Ozores; sí, señor, la había visto como si pudiera tocarla con la mano, y eso que su palacio estaba en la rinconada de la Plaza Nueva, bastante lejos de la torre, pues tenía en medio la plazuela de la Catedral, la calle de la Rúa y la de San Pelayo. (p. 7)

El palacio de Carraspique, comprobado por poco dinero en la quiebra de un noble liberal, que murió del disgusto, estaba enfrente del caserón de los Ozores, en la Plaza Nueva, podrida de vieja. (p. 207)



Fotografía de la colección de imágenes del Archivo Municipal del Ayuntamiento de Oviedo: Oviedo en blanco y negro. <https://www.oviedo.es/archivo-municipal/imagenes-antiguas>

La novena de los Dolores tuvo aquel año en Vetusta una importancia excepcional, si se ha de creer lo que decía El Lábaro. Por lo menos el templo de San Isidro, donde se celebraba, se adornó como nunca. (...) La capilla de la catedral se trasladó en masa al coro de San Isidro reforzada por algunas partes rezagadas de la última compañía de zarzuela que había tronado en Vetusta (...) La lluvia, el aburrimiento, la piedad, la costumbre, trajeron su contingente respectivo al templo, que estaba todas las tardes de bote en bote. No cabía un vetustente más. (p. 506)

Era en la parroquia de San Isidro, un templo severo, grande; el recinto estaba casi en tinieblas, tinieblas reflejadas y multiplicadas por los paños negros que cubrían altares, columnas y paredes; sólo allá, en el tabernáculo, brillaban pálidos algunos cirios largos y estrechos, lamiendo casi con la llama los pies de Cristo, que goteaban sangre. (p. 219)

La Encimada

Alrededor de la Catedral se extendía, en estrecha zona, el primitivo recinto de Vetusta. Comprendía lo que se llamaba el barrio de la Encimada y dominaba todo el pueblo que se había ido estirando por Noroeste y por Sudeste (...) La Encimada era el barrio noble y el barrio pobre de Vetusta. Los más linajudos y los más andrajosos vivían allí, cerca unos de otros, aquéllos a sus anchas, los otros apiñados. El buen vetustense era de la Encimada (...) El Magistral veía a sus pies el barrio linajudo compuesto de caserones con ífulas de palacios; conventos grandes como pueblos; y tugurios, donde se amontonaba la plebe vetustense, demasiado pobre para poder habitar las barriadas nuevas allá abajo, en el Campo del Sol, al Sudeste, donde la Fábrica Vieja levantaba sus augustas chimeneas, en rededor de las cuales un pueblo de obreros había surgido. (p. 9)

Santa María la Blanca (Santa María de la Corte)

Don Fermín, a las once, recordó que era día de conferencia en la Santa Obra del catecismo de las Niñas. Él era el director de aquella institución docente y piadosa, que celebraba sus sesiones en el crucero de la iglesia de Santa María la Blanca. Sentía el humor más a propósito para el caso. Con mucho gusto entró en aquel templo risueño, alegre, con sus adornos flamígeros de piedra blanca esponjosa. En medio del recinto se levantaba una plataforma de tabla de pino, de quita y pon; sobre ella a un lado había tres filas de bancos sin respaldo, y enfrente de ellos una mesa cubierta de damasco viejo, manchada de cera, presidida por un sillón de pana roja y varios taburetes de igual paño. El sillón era para el magistral, los taburetes para los capellanes, catequistas, y en los bancos se sentaban las niñas. (p. 417)

Corralada

Cuando se vio otra vez al aire libre, en la Corralada, De Pas respiró con fuerza... se le figuraba aquel día, que salir del Palacio era salir de una cueva. De tanto hablar allá dentro, tenía la boca seca y amarga y se le antojaba sentir un saborcillo a cobre. Se encontraba un aire de monedero falso. Se apresuró a dejar la plazuela que cubría de sombra la parda catedral... huyó hacia las calles anchas, dejó la Encimada con sus resonantes aceras gastadas y estrechas, su triste soledad solemne, su hierba entre los guijarros, sus caserones ahumados, sus rejas de hierro encorvadas, y buscó la Colonia, saliendo por la Plaza del Pan, la calle del Comercio y el Boulevard, de cuyos arbolillos caían las hojas secas sobre anchas losas. (p. 231)



4. - OVIEDO. - Fachada de la Sala Capitular

Fotografía de la colección de imágenes del Archivo Municipal del Ayuntamiento de Oviedo: Oviedo en blanco y negro. <https://www.oviedo.es/archivo-municipal/imagenes-antiguas>

Residencia del Magistral

El que entraba y salía era el Chato, Campillo, que hablaba en secreto con don Fermín y volvía a la calle a recoger rumores y a espiar al enemigo, el cual se presentaba amenazador en la calle estrecha y empinada en que vivía don Santos, casi enfrente de la casa del Magistral. Era la calle de los canónigos, una de las más feas y más aristocráticas de la Encimada. (p. 452)

Catedral

La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo dieciséis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba el cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de sus espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. (p. 1)

La torre de la catedral, que a la luz de la clara noche se destacaba con su espiritualidad contorno, transparentando el cielo con sus encajes de piedra, rodeada de estrellas, como la Virgen en los cuadros, en la oscuridad ya no fue más que un fantasma puntiagudo; más sombra en la sombra. (p. 177)

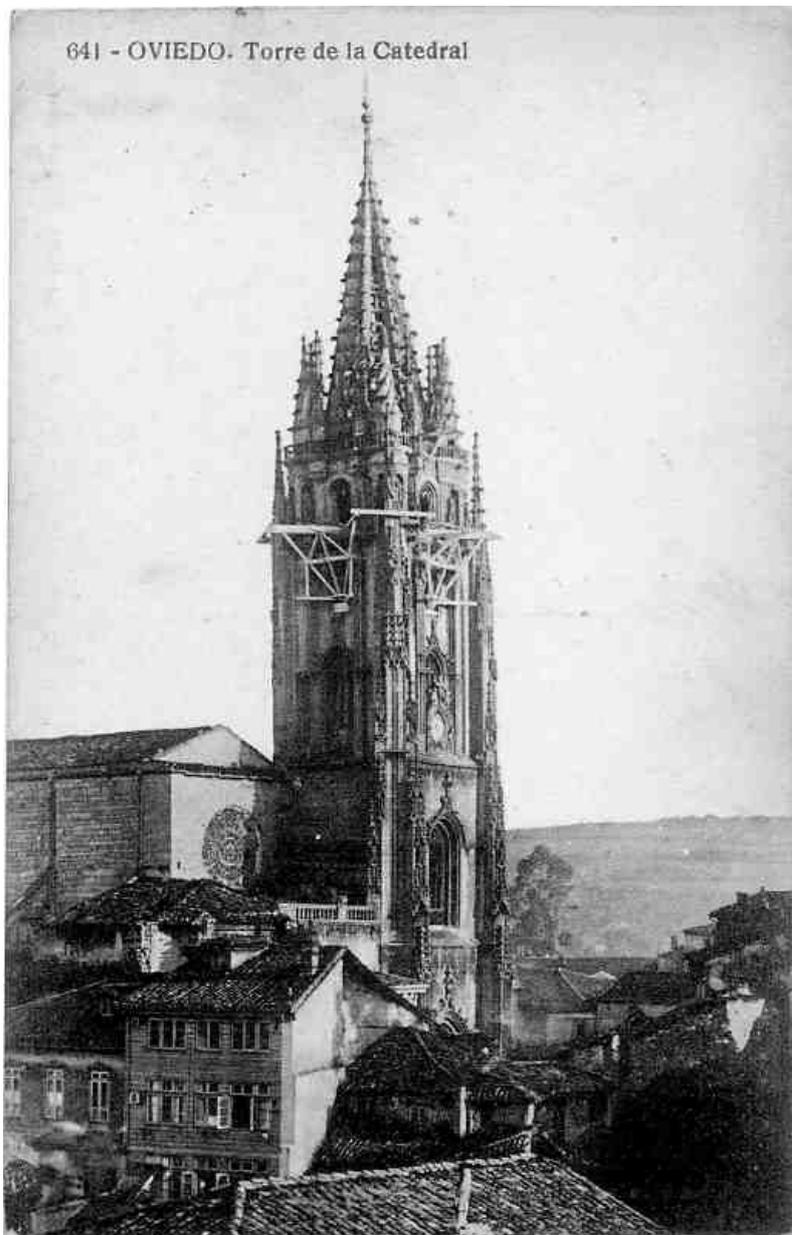
En la gran nave del trascoro había muy pocos fieles, esparcidos a mucha distancia; en las capillas laterales, abiertas en los gruesos muros, sumidas en las sombras, se veía apenas grupos de mujeres arrodilladas o sentadas sobre los pies, rodeando los confesionarios (...) Era la capilla del Magistral. En el altar había dos candelabros de bronce, sin velas, sujetos con cadenillas de hierro. Delante del retablo estaba un Jesús Nazareno de talla; los ojos de cristal, tristes, brillaban en la oscuridad. (p. 14)

El Magistral siguió adelante, dio vuelta al ábside y entró en la sacristía. Era una capilla en forma de cruz latina, grande, fría, con cuatro bóvedas altas. A lo largo de todas las paredes estaba la cajonería, de castaño, donde se guardaba ropas y objetos de culto. Encima de los cajones pendían cuadros de pintores adocenados, antiguos los más, y algunas copias no malas de artistas buenos. Entre cuadro y cuadro ostentaban su dorado viejo algunas cornucopias cuya luna reflejaba apenas los objetos, por culpa del polvo y las moscas. En medio de la sacristía ocupaba largo espacio una mesa de mármol negro, del país. (p. 14-15)

Entraron en la capilla del Panteón. Era ancha, oscura, fría, de tosca fábrica, pero de majestuosa e imponente sencillez. (...) Aquí descansan desde la octava centuria los señores reyes don... (p. 22)

Y el Arcipreste que manifestara poco antes tanta prisa por salir del templo, se empeñó en entrar en Santa Clementina. El Magistral le siguió, para ocultar su deseo de llegar al espolón cuanto antes. (...) En medio de la capilla, don Saturnino....(...) –señores – exclamaba , ya lo ven ustedes: esta capilla es el lunar, el feo lunar, el borrón diré

mejor, de esta joya gótica. Han visto ustedes el panteón, de severa arquitectura románica, sublime en su desnudez; han visto el claustro, ojival puro; han recorrido las galerías de la bóveda, de un gótico sobrio y nada amanerado; han visto la cripta llamada Capilla Santa de las reliquias (...) En toda la Santa Basílica han podido corroborar la idea de que este templo es obra de arte severo, puro, sencillo, delicado... Empero aquí, señores, forzoso es confesarlo, el mal gusto desbordado, el hinchazón, la redundancia se han dado cita para labrar estas piedras en las que lo amanerado va de la mano con lo extravagante lo recargado con lo deforme. Esta Santa Clementina, hablo de su capilla, es una deshonra del arte, la ignominia de la Catedral de Vetusta. (p. 37)



Fotografía de la colección de imágenes del Archivo Municipal del Ayuntamiento de Oviedo: Oviedo en blanco y negro. <https://www.oviedo.es/archivo-municipal/imagenes-antiguas>

Llegó a la Catedral. (...) De Pas se acercó al facistol, hojeó los libros grandes del rezo y hasta solfeó un poco en voz baja, leyendo la música señalada con notas cuadradas, de un centímetro por lado. Todo estaba bien (...) Detrás del coro, en lo alto de las naves laterales, las ventanas y rosetones dejaban pasar la luz deshaciéndose en rojo, azul, verde y amarillo. En un lado san Cristobal sonreía con boca encarnada de una cuarta, partida por un plomo, al Niño de la Bola, que mantenía un mundo verde sobre su mano amarilla. Enfrente vio el Magistral el pesebre de Belén cuadrulado también por rayas opacas. Jesús sonreía a la mula y el buey. (p. 416)

Ya era tarde. La Catedral estaba sola. Allí dentro ya empezaba la noche. Ana esperaba sin aliento, resuelta a acudir a la señal que la llamase a la celosía...Pero el confesionario callaba. La mano no aparecía, ya no crujía la madera. Jesús de talla, con los labios pálidos entreabiertos y la mirada de cristal fija, parecía dominado por el espanto, como si esperara una escena trágica inminente. Ana, ante aquel silencio, sintió un terror extraño.... (...) El Magistral extendió un brazo, dio un paso de asesino hacia la Regenta, que horrorizada retrocedió hasta tropezar con la tarima. Ana quiso gritar, pedir socorro y no pudo (...) El Magistral se detuvo (...) dio media vuelta (...) salió de la capilla. Ana, vencida por el terror, cayó de bruces sobre el pavimento de mármol blanco y negro (...) Celedonio (...) venía de capilla en capilla cerrando verjas (...) sintió un deseo miserable (...) inclinó el rostro asqueroso sobre el de La Regenta y le besó los labios. Ana volvió a la vida rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas. Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo. (p. 637-638)

Casino (Palacio de Miranda-Valdecarzana-Heredia)

El Casino de Vetusta ocupaba un caserón solitario, de piedra ennegrecida por los ultrajes de la humedad, en una plazuela sucia y triste cerca de San Pedro, la iglesia antiquísima vecina de la Catedral. Los socios jóvenes querían mudarse, pero el cambio de domicilio sería la muerte de la sociedad según el elemento serio y de más arraigo. No se mudó el Casino y siguió remendando como pudo sus goteras y demás achaques de abolengo. Tres generaciones habían bostezado en aquellas salas estrechas y oscuras, y esta solemnidad del aburrimiento heredado no debía trocarse por los azares de un porvenir dudoso en la parte nueva del pueblo, en la Colonia. Además, decían los viejos, si el casino deja de residir en la Encimada, adiós Casino. Era un aristócrata. Generalmente el salón de baile se enseñaba a los forasteros con orgullo; lo demás se confesaba que valía poco. (p. 97)

La biblioteca consistía en un estante de nogal no grande, empotrado en la pared. Allí estaban representando la sabiduría de la sociedad, el Diccionario y la Gramática de la Academia. (...) Los socios antiguos miraban la biblioteca como si estuviera pintada en la pared. (p. 99-100)

Fuente Mari Pepa (Fuente de Pando)

Llegaron a la fuente de Mari-Pepa. Estaba a la sombra de robustos castaños, que tenían la corteza acribillada de cicatrices en forma de iniciales y algunas expresando nombres enteros. La orla de álamos que se veía desde lejos servía como de muralla para hacer el lugar más escondido y darle sombra a la hora de ponerse el sol; por oriente se levantaba una loma que daba abrigo al apacible retiro formado por la naturaleza en torno al manantial. Aunque situado en una hondonada, desde allí se veía magnífico paisaje. (p. 153)

Ruta y textos seleccionados: *Chelo Veiga*. Bibliotecaria-Documentalista